



ACTO SEGUNDO

Antecámara de la habitación de D. Sancho. Decoración de una sola casa. Puerta en el fondo á un lado.

ESCENA PRIMERA

SANCHO MONTERO

Tiempo es ya de despertarle,
que está vecina la aurora,
y quiero, de sus encargos,
darle una respuesta pronta.
¡Ay! ¡Desdichados mil veces
los que en alcázares moran
arrastrando una existencia
que tantos duelos acosan!
Pero ¿qué es eso? Alguien sube
por el caracol.... Zozobras
el ruido menor me causa
desde que sé....

(Llamar con precaución.)

Pero tocan
en esa puerta. ¿Quién?

ESTRELLA

(Dentro.)

¿Sancho?

ESCENA II

SANCHO y ESTRELLA

SANCHO

¿Qué oigo?

(Abre.)

¡Estrella! ¿Tú á estas horas?....
¿Qué quieres?

ESTRELLA

¡Ay, Sancho mío,
qué noche tan espantosa!

SANCHO

¿Qué es lo que dices, Estrella?

ESTRELLA

¡Sancho, por Nuestra Señora,
que me digas lo que anoche
vistes!

SANCHO

¡Por Dios, que curiosa
por demás eres, Estrella!
A ti de eso, ¿qué te importa?

ESTRELLA

No imagines, Sancho mío,
que curiosidad es sola
mi pregunta, ni por eso
á la antecámara propia
de don Sancho me llegara;
no, no, mi razón es otra.
En agitación horrenda,
en pesadilla angustiada,
toda la noche ha pasado
la Condesa mi señora.

SANCHO

Y eso, ¿qué tiene de extraño?
El insomnio en ella es cosa
muy frecuente.

ESTRELLA

Sancho, no;
nunca la vi como ahora:
hubo un momento en que miedo
la cobré..... ¡La creí local!

SANCHO

Tu poco espíritu, Estrella;
tu superstición medrosa,
tal vez de un sonambulismo
tamañas quimeras forja.

ESTRELLA

No, no; se arrojó del lecho
desesperada y furiosa,
desencajada, convulsa,
diciendo con voces roncadas:
«Dame, Hissem, dame tu alfanje;
tenle, y que su sangre corra.»
Luego se hincó de rodillas,
á una aparición incógnita
suplicando..... ¡Ay, Sancho! Entonces
yo estaba temblando toda.
Se le erizaba el cabello,
se pintaba su recóndita
pavura sobre el semblante,
y los ojos de las órbitas
saltádosela; en su frente,
brotaba en hirvientes gotas
mortal sudor..... ¡Si la hubieras
visto!..... ¡Ay, estaba espantosa!

SANCHO

(¡Infeliz!) Estrella, cálmate:
sin duda esa aterradora
escena que estás contándome
soñaste en la noche próxima,
y con tan vivo carácter
tu imaginación pintóla,
que realidad la creiste.

ESTRELLA

¡Ojalá, Sancho! Mas óyela
del todo, y juzga conmigo
la realidad de esa historia.

SANCHO

Di.

ESTRELLA

Serenóse un momento;
calmóse aquella diabólica
agitación de su espíritu,
y descansó casi un hora.
Mas al cabo de ella, Sancho,
volvió á arrojarse furiosa
del lecho, y á la ventana
abalanzándose, abrióla.
Tendió los brazos por fuera,
y en voz angustiada y cóncava
gritó: «¡Hissem, acude, sálvame;
aquí de tus lanzas moras!
¡Acúdeme y todo es tuyo,
mi fe, mi ser, mi corona!»

SANCHO

Silencio, Estrella, silencio,
que don Sancho no te oiga.

ESTRELLA

¡Ay! Todavía me dura
el temblor.

SANCHO

Vete, reposa,
Estrella, y no temás nada:
te lo aseguro; tan poca
importancia hubo en su plática
con el moro, y tan remota
relación tiene con eso.....

ESTRELLA

Sancho, esto, sin duda, toca
en un secreto que guardas
de mí: ¡ay! Yo consoladora
una palabra á lo menos
esperaba de tu boca.

SANCHO

Estrella, yo te lo juro:
aunque en mi última hora
estuviera, no podría
asegurarte otra cosa.
Vé á tu aposento y descansa;
esa aprensión melancólica
con el reposo disipa,
y aguarda á que tu señora
despierte, y de ti y sus damas
para tocarse disponga.

ESTRELLA

Tarde será.

SANCHO

¿Por qué, Estrella?

ESTRELLA

Porque á mí; como á las otras,
nos despidió de su cámara
con faz enarcada y torva,
diciéndonos: «Para nada
os necesito; de sobra
estáis aquí; ea, dejadme
las antecámaras solas,
y que nadie en ellas entre,
sin excepción de persona.»

SANCHO

Pues bien, Estrella, obedécela.
Vete y espera con todas
las otras damas, no salga
y te llame antes de la hora,
á otro capricho cediendo.
Mas ¿oyes? Del sueño torna
don Sancho; sus pasos siento.
Sal, Estrella, vete pronta,
no te halle aquí.

ESTRELLA

¡Dios me asista!

¡Adiós, Sancho!

SANCHO

Él nos socorra,

que sólo puede tal vez
su asistencia poderosa.

(Va á entrar en el aposento de D. Sancho, y al mismo
tiempo aparece éste.)

ESCENA III

EL CONDE y SANCHO MONTERO

EL CONDE

Sancho, ¿quién estaba aquí
contigo?

SANCHO

Estrella, señor.

EL CONDE

Exigente es vuestro amor
si os trae de continuo así.

SANCHO

No fué su pasión ahora
quien la trajo.

EL CONDE

Pues ¿quién fué?

SANCHO

Señor, su cándida fe
y el amor á su señora.

EL CONDE

¿A la Condesa?

SANCHO

Sin duda;

que en Espinosa nacida,
la es leal con la honra y vida
y solícita en su ayuda.

EL CONDE

¿Qué pasa á mi madre, pues?

SANCHO

Ha poco, á mí vino Estrella
temiendo, señor, por ella
con afanoso interés;
la pobre me preguntó
lo que anoche vi y oí.

EL CONDE

¿En el parque, Sancho?

SANCHO

Sí.

EL CONDE

Y ¿se lo dijiste?

SANCHO

No.

Antes que ceder con mengua
á amor, ambición ni miedo,
juraros, don Sancho, puedo
que me arrancaré la lengua.

EL CONDE

Gracias, Sancho; mas perdona si esto me trae tan inquieto.

SANCHO

Descuidad; vuestro secreto morirá con mi persona. Mas vuestra madre ha pasado la noche en insomnio horrible y en agitación terrible, que á mi Estrella ha amedrentado: y buscando la razón en esa nocturna cita, me hizo temprana visita en cuanto vió la ocasión.

EL CONDE

¡Ay, Sancho, que esos traidores el seso la han trastornado, y acaso la han fascinado con filtros encantadores! Descuidos son, Sancho, míos: su gusto al deber prefiero, y que trate la tolero con moros y con judíos. Ella piensa que la inician en arcanos de la ciencia, ¡vive Dios! y su conciencia con sus ciencias malefician. ¡Ciencia! ¡A perros tan villanos abrirá Dios sus tesoros? ¿Dará á judíos y moros lo que niega á los cristianos? No, imposible: en la traición son sabios, Sancho, no más: la ciencia de Satanás abriga su corazón. ¡Horóscopos y conjuros!... ¡Por vida mía, que voy á deshacérselos hoy con encantos más seguros! ¿Los hombres que te encargué.....

SANCHO

Ya esperan.

EL CONDE

¿Y el renegado?

SANCHO

¿Qué no hará quien ha dejado las banderas de su fe?

EL CONDE

¿Consiente, pues?

SANCHO

Sí, señor.

¡Si hallara quien la quisiera, hasta su alma vendiera!

EL CONDE

Calla, que me causa horror.

SANCHO

Es el hombre más infame que el suelo del mundo huella; dadle una dobla, y por ella venderá lo que más ame. Es una serpiente astuta que todo lo ve y penetra, que sus crímenes perpetra, y sus planes ejecuta y sus intenciones sabe.

EL CONDE

¿Del judío?

SANCHO

De los dos; mas vendedores quiere á vos de todos ellos la llave. ¿Queréis verle?

EL CONDE

Sancho, no: con él entiéndete tú, que para ese Belcebú no tendré paciencia yo.

SANCHO

Pues vamos, que ya esclarece, y él os lo hará presenciar.

EL CONDE

¿Está lejos el lugar?

SANCHO

Junto al muro, me parece; llegamos en un minuto.

EL CONDE

Y vé con tiento y con paz, porque de todo es capaz un malvado tan astuto.

SANCHO

Id descuidado, señor; lo que no haga el interés, lo ha de poder el temor; fíad en mí.

EL CONDE

Vamos, pues.

ESCENA IV

Subterráneo que sirve de habitación y laboratorio al rabino Simuel Benjamín. En medio un altarcillo ó pira destinada á sacrificios y ceremonias paganas. Un velador triangular con paño negro, sobre el cual hay pergaminos é instrumentos de matemáticas y astronomía, Momias egipcias, cuadrúpedos y volátiles disecados. Un esqueleto humano. Vasos sepulcrales antiguos. Un reloj de arena. Entrada en el fondo, secreta á la derecha, ídem á la izquierda. ELÍAS aparece.

ELÍAS

Ya no hay remedio; está dicho. Esta jugada está hecha, y ya no pueden los dados recogerse de la mesa. ¿Qué otro camino quedaba? ¡Ay! De pavor me tiembla el corazón todavía cuando al Montero recuerda. Aquella seguridad con que hasta la boca misma del subterráneo llegó á la media noche; aquella confianza en el poder de su arriesgada propuesta; aquel ademán resuelto con que la entrada secreta volvió á tomar, sin volverse para escuchar mi respuesta, y desde el umbral diciéndome con voz poderosa y hueca: «Renegado, hasta mañana; lo que te conviene piensa», todo esto, como de un sueño triste pesadilla horrenda,

el corazón me atribula y el pensamiento me prensa. ¡Oh, miserable de mí! Más no nacer me valiera, que dar al fin en las manos de ese don Sancho. Aquí cesan mis esperanzas efímeras de ambición y de riqueza; aquí mi futura dicha, aquí mi ambición se estrella; ¡Ay! Inútiles deseos que alimentó el alma necia, ilusiones sois perdidas que el viento rápido lleva. Pero probemos siguiendo del vencedor la bandera; todos los vientos ayudan á quien sin rumbo navega. Coloquemos, por si acaso, estos muebles de manera que estén á servir dispuestos.

(Hace lo que dice.)

Esta pira aquí, más cerca del velador; estas luces más opacas, más inciertas. *¡Oh, el aparato es magnífico! *Cualquiera crédulo que entra *en esta mansión, se humilla *ante el altar de la ciencia. Siento rumor.....; pasos son; si antes que él los otros llegan, todo se pierde.

(Llaman. Abre en un pilar una trampa giratoria, y aparece Sancho Montero.)

¡Ah, respiro!

Él es; estemos alerta.

ESCENA V

ELÍAS y SANCHO MONTERO

SANCHO

Guárdete Dios.

ELÍAS

Montero, bien venido.

SANCHO

Aparta, Elías, ceremonias necias, [suelto? y á lo que importa vamos. ¿Qué has re-